

José Marzo

Olga y la ciudad

ACVF EDITORIAL
MADRID

Diseño de la colección:

La Vieja Factoría

Ilustración de cubierta: equipo de diseño de La Vieja Factoría

Lectura de prepublicación:

Lola Coya.

Primera edición: abril 2011

© José Marzo

© ACVF EDITORIAL, 2011

www.acvf.es

ISBN: 978-84-936273-9-3

*Para Teresa Martín
y Miguel Uslé*

1

Una semana en el campo

Tres cineastas habían sido convocados a principios de otoño en una casa rural en el parque natural Sierra de Aracena.

Un par de días antes, el productor, Lisardo, les había enviado un correo electrónico para recordarles la fecha y precisar las señas, incluyendo las coordenadas GPS de la vivienda. Le gustaba intervenir en todas las fases de sus proyectos y decidió hacer un paréntesis en su estancia en Los Ángeles, donde promocionaba las carreras de dos actores españoles. El viaje en avión hasta Sevilla le llevó más de veinticuatro horas, con interminables escalas en Nueva York y Madrid: en la terminal 4 de Barajas no le quedó más remedio que comprarse una camisa nueva y asearse en los lavabos públicos. Por fortuna, su mujer, que había prolongado las vacaciones y se encontraba en la propia ciudad de Aracena, fue a recogerlo en coche al aeropuerto de Sevilla y él pudo hacer los casi cien kilómetros del trayecto de vuelta dormitando en los asientos traseros. Al volante, su mujer, pensativa, le miraba de hito en hito por el espejo retrovisor. En la penumbra del atardecer, buscó en el rostro de su marido la placidez del joven resuelto del que se había

enamorado treinta años antes, tan distinto de este hombre corpulento, de piel curtida y mirada apagada.

El director y la guionista habían coincidido por la mañana en otro vuelo de Madrid a Sevilla con una compañía de bajo coste. Aunque habían hecho sus reservas por separado, pudieron viajar en asientos contiguos gracias a las gestiones de una azafata, que intercedió ante otro pasajero para que cambiara su plaza.

—¡Hola, Jaime! —saludó sorprendida Elena, la guionista, con una sonrisa que dejaba entrever sus dientes pequeños, regulares y blancos—. No esperaba encontrármelo aquí: es el vuelo más barato que había... —El pelo rubio y corto, los ojos azules claros, casi transparentes, y la voz aguda acentuaban la expresión infantil de su rostro.

—Hay que ahorrar —se limitó a cortar el director con tono esquivo, apenas farfullando.

Al contrario que al resto de los colaboradores, no le pagaban dietas. Sólo él estaba autorizado para pedir facturas de sus gastos con los datos de la productora, que después le retornaba el dinero. La tarde anterior, su secretaria no le había encontrado asiento ni en el tren de alta velocidad ni en los vuelos de Iberia, y ya sólo quedaban plazas disponibles en éste.

Elena observaba fascinada al director. Le divertía su tono de voz refunfuñón y cálido. Debía de tener unos sesenta y cinco años, pero conservaba el carácter animoso y el vientre plano. El pelo alborotado, las piernas cortas y las gafas de pasta, “el torpe aliño indumentario”, le recordaban al viejo profesor de escuela que en su infancia le había enseñado la tabla de multiplicar.

—¿Le importa si me sujeto a usted para despegar? —le preguntó ella, agarrándose a su brazo con ambas manos—. ¡Me siguen dando miedo los aviones!

—¿Miedo? Oh, no... no hay que tener miedo. Estas cafeteras son seguras.

—¡Espero que más que la mía! —bromeó ella—. Cierra mal y pierde agua por la rosca... —Dio un respingo cuando sintió que los motores del avión se ponían en marcha. Miró abajo, como si pudiera ver los motores a través del suelo.

El director, por una vez, sonrió. Era un acierto haberse decantado por esta guionista. Elena había escrito muchos de los diálogos de una exitosa serie cómica de televisión. Tenía chispa, el don de construir frases con las que los actores se sentían sueltos; diálogos que a él nunca se le ocurrirían, y que en el fondo despreciaba, pero que agradaban al público.

En el aeropuerto de Sevilla alquilaron un coche. Como era temprano y tenían todo el día libre por delante, decidieron acercarse a la localidad de Mazagón, en la costa de Huelva, que ninguno de los dos conocía. El cielo estaba cubierto, pero de vez en cuando el sol asomaba entre las nubes grisáceas. Dieron un paseo con el calzado en la mano por una playa infinita y desierta, y a mediodía compartieron una fuente de pescaditos fritos en un restaurante frente al puerto deportivo. Dejaron volar la imaginación a la vista de los barcos amarrados; en la dársena, una gaviota, tiesa como una estatua, se había posado en un neumático que flotaba a la deriva en el agua negra y sucia.

A Elena no le había gustado *Olga y la ciudad*, la novela en la que estaría basada la película. La verdad es que hasta la misma semana anterior había estado demasiado ocupada con otros trabajos. Se sentía agotada y apenas si había podido concentrarse en la lectura. ¿Cómo podría adaptar los diálogos de una novela tan densa, tan reflexiva?

—¿Sabe? —le confió a Jaime durante el postre—. No sé si seré capaz de dar lo mejor de mí misma en este guion.

—¿Por qué no? —se interesó él, acodado a la mesa, bajando un poco la cabeza y mirándola por encima de las gafas.

—Es una novela como muy... es magnífica, entiéndame bien, con un argumento deslumbrante... la biografía de una mujer admirable. Pero ¿no cree que es demasiado literaria para convertirla al cine? Además, se lo confieso, casi no he tenido tiempo de ponerme con ella y...

—Desecha esa idea de la cabeza —atajó él. Se inclinó hacia Elena y tomó una de sus manos entre las suyas, apretándola suavemente y reteniéndola. Le pareció que sus dedos eran de pan blanco, tiernos.

Una de las principales tareas de un director era la de psicólogo de personal. Había aprendido a reservarse su juicio sobre las capacidades intelectuales de cada colaborador y a estimular sus talentos, a transmitirles una confianza que no siempre le inspiraban, para que trabajaran lo mejor posible.

—Tendremos tiempo, el tiempo necesario... un año si hiciera falta —mintió, recordando que el plazo del productor para comenzar el rodaje era de seis meses.

Ella reposó la cabeza en el hombro de Jaime, en un apunte de afecto. Él la rodeó por los hombros con un brazo, mientras con la mano libre levantaba la taza de café y se la llevaba a los labios.

—Tengo tantas dudas... —dijo ella. Ahora no exageraba sus sentimientos. Era consciente de que sus series de televisión eran un juego inocente, vulgar, en comparación con el proyecto cinematográfico en que se había embarcado.

—Eres una estupenda guionista —dijo él—, tienes mucha inventiva. Aún no has dado lo mejor de ti misma, pero lo harás.

—¿Usted cree? —dijo ella alzando la mirada.

—¿Por qué estarías aquí si no? Tienes que borrar esas dudas de tu cabecita.

—Dudo, dudo constantemente de mí misma.

—Es normal que tengas dudas. ¿Quién no duda de su talento? Tienes que convertir esas dudas en un estímulo, en el abono de tu creatividad. Sólo hay una manera de despejar las dudas, y es enfrentándose a lo que uno desea, a lo que uno quiere, a lo que debe hacer... Las dudas se resuelven encarando las situaciones —insistió.

Elena volvió a alzar los ojos hacia Jaime con una sonrisa. Se sintió confortada, segura. Habría querido demostrarle su agradecimiento con un beso. El director la estrechó con un solo brazo y le deslizó un beso paternal en el entrecejo, antes de ponerse en pie y decir “vámonos, tenemos un largo camino por delante”.

El otro guionista, Víctor, había salido de Madrid en su propio coche poco después del amanecer. La dieta de desplazamiento fijada por la productora, a razón de treinta y dos céntimos por kilómetro, en un trayecto de algo más de quinientos, era más que suficiente para costearse el combustible, el desayuno y el almuerzo. Además, su coche consumía diésel. Aún le sobrarían cincuenta o sesenta euros. Tan sólo había tenido que firmar un papel que eximía a la productora de cualquier responsabilidad por un accidente o de posibles desperfectos en el vehículo utilizado.

También quería aprovechar el viaje para hacer un alto en Mérida y pasear a pie por el centro de la ciudad. Un par de años antes había comprado una noche de hotel y dos entradas para asistir en el teatro romano a una representación de *Medea*, de Eurípides. A última hora, a su pareja le surgió un imprevisto de trabajo, así que tuvieron que cancelar el alojamiento y perdieron el importe de las entradas.

Tras dejar atrás Navalcarnero, en el límite de la comunidad de Madrid, se encontró en medio de una tormenta. La lluvia intensa barría la carretera y los campos, sedientos después de tres meses de un verano seco y tórrido. Cuando hubo amainado, abrió una ventanilla y dejó que el olor a tierra mojada entrara en el coche. Se detuvo en un área de servicio a desayunar un café y una tostada con tomate. En el establecimiento había un nutrido grupo de turistas, que acababan de bajar del autocar y se agolpaban delante de la barra. Tardó varios minutos en identificar su idioma. Eran polacos, que volvían de visitar el monasterio de Guadalupe. Recordaba haber visto el desvío un par de kilómetros antes.

De nuevo en carretera, se comió con los ojos el paisaje adusto y señorial de Extremadura, los profundos barrancos que anuncianaban el parque de Monfragüe, los suaves cerros salpicados de árboles. En la distancia, no podía asegurar que fueran olivos. Demasiado grandes para ser olivos. ¿Encinas? De Extremadura también era reputado el corcho de los alcornoques. Vio vacas cobrizas y blancas y toros negros al abrigo de las copas.

Esperaba que Mérida fuera una ciudad moderna de altos edificios, como correspondía a su condición de capital administrativa de la comunidad de Extremadura. Había imaginado un casco histórico bien diferenciado, con el teatro, los templos y demás monumentos romanos en un recinto preservado. Por el contrario, las calles estrechas de la zona vieja, entre edificios humildes, le causaron la impresión de un gran poblachón que se despereza de su siesta de siglos. Aunque el adoquinado relucía húmedo, ya había dejado de llover y se sentó en una terraza de la Plaza de España, poco concurrida en días laborables. Con la primera cerveza sin alcohol le pusieron de tapa un platito de potaje de garban-

zos, y con la segunda, otro platito de migas con chorizo. Sintió que ya había comido lo suficiente y pudo ahorrarse el importe de un menú completo. Dio un paseo corto hasta el río Guadiana, con ambas riberas arboladas, y junto a la alcazaba árabe se demoró leyendo las placas explicativas al pie de varias estatuas de hombres ilustres. La ciudad rendía esta temporada homenaje a los arqueólogos que, durante el último siglo y medio, habían hecho lo imposible por salvar el patrimonio monumental de la ciudad. De este modo, sus nombres propios quedaban vinculados para siempre a la historia. Era la forma de eternidad más sólida, la que une la personalidad a objetos estimados y duraderos, y otorga a una vida el sentido de formar parte de un gran legado. ¿Qué mensaje transmitía la historia académica cuando destacaba con la misma letra negrita a los que se afanaban por construir y rememorar y a los generales que ordenaban los saqueos y los bombardeos? Sin embargo, los orígenes de Mérida eran militares: el retiro de los soldados romanos veteranos. También la industria de la guerra era un factor civilizador, pensó. Sus meditaciones y su paseo, esta vez calle arriba, le condujeron frente al llamado Templo de Diana. Se encontraba encajado entre calles, sin una plaza delante que destacara su acceso ni favoreciera una vista del conjunto. Una valla de obras lo separaba de la calzada y, a su alrededor, había maquinaria y material de construcción. Un cartelón explicaba que el templo, conocido popularmente como «de Diana», nunca había estado consagrado a esta diosa. Rodeándolo por tres de sus cuatro lados, se construía un edificio de uso administrativo, de una sola altura, que reproducía la planta del que originalmente había estado emplazado en el mismo lugar.

De vuelta al aparcamiento donde había dejado el coche, vio una señal que indicaba la dirección del teatro romano,

pero prefirió reemprender el viaje. «Ya habrá otra ocasión, con más calma», pensó.

Las rectas de la autovía Ruta de la Plata hasta la provincia de Huelva se le hicieron demasiado largas. El paisaje, poco a poco, se volvió más abrupto. Las estribaciones de Sierra Morena, que separa Andalucía de la meseta, recortaban sus líneas netas contra el cielo. Al tomar el desvío hacia Aracena y adentrarse en el parque natural, volvió a preguntarse por qué el productor les había convocado en esta tierra. La mayor parte de *Olga y la ciudad* transcurría en Madrid, la Ciudad, sobre todo en los barrios de Hortaleza, Moratalaz y Carabanchel, pero algunas de sus escenas más importantes tenían lugar en un pueblo de la fría meseta norte, en Soria. En cualquier casa rural de la ribera del Duero, en un radio de poco más de doscientos kilómetros desde Madrid, se habrían concentrado igual en el trabajo y quizás habrían hallado motivos de inspiración más cercanos al relato original. En la región había burgos de piedra, recios y castellanos, muy diferentes de estos soleados pueblos blancos de Andalucía con geranios en los balcones y naranjos en los patios.

—¿Dónde está Argaelo? —le había preguntado Víctor al autor, durante la velada que pasaron juntos hacía ya varios meses, antes del verano.

—¿Argaelo? No, no. Argaelo no existe —le contestó.

—No he encontrado referencias a él en internet, ni siquiera un topónimo aproximado.

—Hay topónimos parecidos —le explicó—. Pero lo importante es el tipo de pueblo. Toda la ribera sur del Duero está jalonada de estos pueblos subidos en montes. No sólo en Soria. Estoy pensando en Osma, que está en Burgos, o incluso en Sepúlveda, que está en Segovia...

Los arévacos, hace más de dos mil años, escogían estos emplazamientos por su facilidad defensiva, y las sucesivas

civilizaciones, la romana, la visigoda, la musulmana, iban ocupando los lugares de las anteriores. La altura, el agua de algún manantial y terreno alrededor para el ganado y las huertas era cuanto necesitaban.

En el pueblo de Arguello estaban las raíces de los protagonistas de la novela. Era un paisaje primigenio al que daban la espalda en su rutina diaria en Madrid, pero al que no podían renunciar por completo ni definitivamente. A Víctor le sorprendía la irrelevancia, incluso la ausencia de esta faceta de la realidad española en las recientes narraciones literarias y cinematográficas: ese pueblo al que casi todos los urbanitas acuden de vez en cuando, a pasar una parte de las vacaciones o algún fin de semana, o para visitar la tumba de un abuelo en la festividad de Todos los Santos.

—Parece que queremos eliminar de nuestra mente algo con lo que no queremos identificarnos... ¡pero está tan presente! —le dijo el autor—. Mis padres eran de pueblo, y yo nací en Madrid al poco de que emigraran. Se diría que queremos ser más modernos que nadie, cuando todavía tenemos un pie en el terruño. La generación del 98, los Baroja, los Unamuno, tenían más conciencia de esto. Ellos sí entendieron la necesidad de escribir sobre los pueblos.

El autor tenía cincuenta y tantos años. Había pasado más de diez ocupado con esta historia. La había escrito robando horas al día, en fines de semana y durante las vacaciones, sin poder concentrarse en ella de un modo sostenido. Víctor había apreciado esas costuras y remiendos en el ritmo. Junto a capítulos convincentes, otros que parecían precipitados; escenas intensas, reflexiones inteligentes, seguidas de lagunas por cubrir. Pero el concepto, el argumento y la estructura le parecían convincentes, al igual que la construcción de los dos protagonistas y otros personajes.

—Es una novela fallida —se sinceró el autor, sin falsa modestia—. Sobrestimé mi capacidad intelectual y mis posibilidades. De hecho, no volvería a escribirla. He perdido el tiempo y he perdido la ilusión por volver a escribir nada.

Durante esos diez años había dejado pasar las últimas oportunidades de promocionar en su carrera profesional de abogado, se había divorciado y había consumido su salud. Todo para nada, porque *Olga y la ciudad* ni le convencía a él ni a su propio editor, que no apostó comercialmente por ella. Sólo había recibido una crítica, paternalista y condescendiente, publicada a destiempo en el suplemento de un periódico, cuando los ejemplares ya habían sido retirados de las librerías. El efecto de sendas reseñas elogiosas en un par de blogs literarios había durado hasta el siguiente clic del ratón.

La productora de cine disponía sobre todas las obras del fondo de la editorial de un derecho de preferencia para su adaptación al cine. A cambio, se comprometía a rodar al menos una cada dos años. Este motivo, más económico que artístico, había propiciado la elección. Lisardo, por cortesía, había invitado a comer al escritor en un restaurante céntrico y muy caro de Madrid. Como temía sentirse violento a solas con el autor, y el director no estaba disponible, telefoneó también a Víctor y le pidió que los acompañara.

El primer juicio que Víctor se formó sobre el autor fue negativo. Éste llegó con retraso a la comida y se disculpó de un modo torpe. Por la piel ajada y el pelo ralo y descuidado, aparentaba unos sesenta años. De carácter distraído, incluso tropezó con la silla en la que intentaba sentarse. Vestía americana y pantalón sastre, mal planchados, y Víctor pensó que sólo se los había puesto para la

ocasión. Fumaba un cigarrillo tras otro. La conversación resultó forzada y el productor les dejaría pronto. Durante el almuerzo, el autor había expresado su interés por asistir algún día al rodaje.

—Claro... —contestó Lisardo. Sacó su móvil del bolsillo—. Dame tu número, por favor, y lo apuntaré en mi guía para no olvidarlo. Te llamaré cuando vea la oportunidad. Es cierto que los actores, todo el equipo, pero sobre todo los actores, se sienten incómodos con la presencia de los autores, pero veré qué se...

—Tampoco quisiera molestar. Era simple curiosidad.

—Veremos, veremos si es posible. Si a mí se me olvida, llámame. Encontraremos un hueco algún día en el que se altere lo menos posible la rutina.

En la guía de su móvil, había apuntado “Autor NC”, iniciales de “no contestar”. Prefería no ser grosero, pero había aprendido a no ceder ni un milímetro ante las injerencias de intelectuales que ni entendían de cine ni respetaban a sus artistas.

Cuando Lisardo los dejó solos, apuraron sus cafés y Víctor se ofreció a llevar al autor en coche hasta su domicilio. Vivía solo en Carabanchel Bajo, cerca de la calle Sallaberry, en un pequeño apartamento en una tercera planta sin ascensor. Víctor se preguntó cuánto de autobiográfico había en el personaje de Claudio. Cuando el autor le ofreció subir a su piso para tomar una cerveza y terminar la conversación, aceptó. ¿Encontraría en el apartamento un piano vertical, retratos de Beatriz y de Olga?

—Imagino lo que estás pensando —le dijo el autor—. El piso de Claudio sería parecido a éste. Pero no, no tengo piano y no sé tocarlo. Me habría gustado aprender. Ya ves, otra frustración. Vivo solo desde hace siete años. Pero abriré las ventanas para que entre aire fresco y luz...

Ninguno de los dos se arrepentiría: ni el uno de hacer la invitación ni el otro de aceptarla. Charlarían durante horas, hasta bien entrada la noche.